

FERRAN GRAU CODINA
JOSÉ MARÍA MAESTRE MAESTRE
JORDI PÉREZ DURÀ
(Eds.)

LITTERAE HUMANIORES
DEL RENACIMIENTO
A LA ILUSTRACIÓN

HOMENAJE AL PROFESOR
JOSÉ MARÍA ESTELLÉS

Anejo n.º 69 de la Revista
QUADERNS DE FILOLOGIA

FACULTAT DE FILOLOGIA, TRADUCCIÓ I COMUNICACIÓ
UNIVERSITAT DE VALÈNCIA

QUADERNS DE FILOLOGIA DE LA UNIVERSITAT DE VALÈNCIA
ANEJOS n.º 69

Directors Honorífics: Ángel López i Joan Oleza
Directora: Mercedes Quilis Merín
Secretari de Redacció: Ramón X. Roselló
Secretaria d'Edició: Vicedeganat de Cultura de la Facultat de Filologia,
Traducció i Comunicació

Consell de Redacció: María R. Álvarez, Antonia Cabanilles, Ferrán Carbó, Brigitte Jirku, Juan Carlos de Miguel, Carmen Morenilla, Domingo Pujante, Purificación Ribes, Ricardo Rodrigo, Jaime Siles.
Milagros Aleza, Carmen Bernal, José Antonio Calañas, Julio Calvo, Cesáreo Calvo, Manuela Dos Santos, Antoni Ferrando, Brigitte Lépinette, Carlos Padilla, Jordi Redondo.

Comité Científic: Jean-Claude Ascombe, Manuel Carrera Díaz, Nelson Cartagena, Germà Colón, Emilio Crespo, Perfecto E. Cuadrado, Luis Fernando Lara, Jacek Física, Humberto López Morales, Elena Rojas, Eustaquio Sánchez Salor, Barbara Wotjak, Túa Blesa, Ann L. Mackenzie, Alan Yates, Ingeborg Boltz, Marias Siguan Böhmer, Pierre Brunel, Andrea Battistini, Jaume Pòrtulas, Gregorio Hinojo Andrés, Ángel Marcos de Dios, Santos Zunzunegui, Miquel de Moragas Spà, Juan Lorenzo, Hernán Urrutia Cárdenas, Joan Manuel Tresserras, Teun A. van Dijk, Anne-Marie Loffler-Laurian.

Aquest volum ha passat una avaluació externa de tres especialistes de la Facultat de Filologia, Traducció i Comunicació de la Universitat de València en la matèria objecte d'estudi.

Edita: Universitat de València
Facultat de Filologia, Traducció i Comunicació
Vicedeganat de Cultura
Avgda. Blasco Ibáñez, 32. 46010 València
quadernsdefilologia@uv.es

Coberta: Reproducció d'un fragment de l'oli de Pieter Brueghel (1563) *La torre de Babel*
(Kunsthistorisches Museum Wien)

Disseny de la coberta: Celso Hernández de la Figuera

Dipòsit legal: V. 4.086-2009

ISBN: 978-84-370-7553-2

Imprimeix: Arts Gràfiques Soler, S. L.

www.graficas-soler.com

Maquetació: Héctor H. Gassó

ÍNDIX

Tabula gratulatoria	7
Presentació de la Ilma. Sra. Degana	9
A Josep Maria Estellés	11
Publicacions de Josep Maria Estellés	15
Introducció	19
ALCINA ROVIRA, Juan F.: “El papel de la imprenta de Felipe Mey y su entorno (1576-1578)”	21
ANTÓN, Beatriz: “La elocuencia en los libros de emblemas latinos de los siglos XVI y XVII”	39
BAÑULS, José Vicente y MORENILLA, Carmen: “Bochetel, Gelli y Pérez de Oliva, traductores de Eurípides”	59
BENAVENT, Júlia: “Joan Serra, humanista napolità a la cort de Nàpols” .	75
BERNAL LAVESA, Carmen: “Instrumentalización de la ficción en J. L. Vives”	87
BONMATÍ SÁNCHEZ, Virginia: “El humanismo renacentista florentino en las pinturas de Domenico Ghirlandaio (1449-1494)”	101
BOSCH, Maria del Carme: “Mn. Llorenç Riber, traductor”	119
CABEZA SÁNCHEZ-ALBORNOZ, M ^a Cruz: “Índice de los manuscritos donados por Pérez Bayer a la Universidad de Valencia: manuscritos sueltos”	137
CANET VALLÉS, José Luis: “Libros escolares-universitarios salidos de las prensas valencianas entre 1473-1525”	169
CARRERA DE LA RED, Avelina: “La herencia del Renacimiento en una edición de Salustio del siglo XVIII”	195
CASANOVA, Emili: “El valencià, segons Martí de Viciana”	209
CHAPARRO GÓMEZ, César y MAÑAS NÚÑEZ, Manuel: “Teoría y práctica del comentario en Francisco Sánchez de las Brozas: la edición del <i>De situ orbis</i> de Pomponio Mela, un caso singular”	227
CODOÑER, Carmen: “Introducción al estudio de la gramática de Juan Miravet”	245
CORELL VICENT, Josep: “Les muralles i el palau comtal d’Oliva segons les inscripcions”	263
GEORGE, Edward V.: “Humanist Traces in Early Colonial Mexico: Texts from the Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco”	279

GIMENO BLAY, Francisco M.: “ <i>Suole l’usanza antiqua cavare la littera. Cercant un model gràfic per a les inscripcions</i> ”	293
GRAU CODINA, Ferran: “La Calúmnia, les Gràcies i la Fama: textos i imatges”	317
HINOJO ANDRÉS, Gregorio: “ <i>Ioanna Enriqui designatur Princeps, eaque abiurata Alphonsus substituitur salutaturque Rex, ex partium dissidio pugnatur, vinciturque Alphonsus</i> (NEBR. Dec. I 2). (Comentario filológico)”	333
LORENZO, Juan: “Una consolación ante el miedo a la muerte, no por la muerte de alguien”	349
MAESTRE MAESTRE, José María: “El traslado de los restos mortales de Benito Arias Montano desde el convento de Santiago de la Espada a la Catedral de Sevilla en 1811”	363
MÉCHOULAN, Henry: “Le livre de Daniel à l’origine de la réinstallation des juifs en Angleterre”	391
MERINO JÉREZ, Luis: “Tradición clásica en los <i>Diálogos</i> (Coimbra, 1604) de Frei Amador Arraiz”	405
MESTRE SANCHIS, Antonio: “Un apunte sobre el humanismo del deán Martí”	421
NAVARRO BROTONS, Víctor: “Humanismo y mecánica en la España del siglo XVI”	431
PASCUAL BAREA, Joaquín: “El epitafio latino dedicado al cirujano Bartolomé Hidalgo de Agüero por el médico Francisco Jiménez Guillén: edición, traducción y comentario”	455
PÉREZ I DURÀ, Jordi: “Els <i>Commentaris</i> de Joan Lluís Vives al <i>De civitate Dei</i> d’Agustí en la <i>Vivis Vita</i> de Gregori Maians”	471
POMER MONFERRER, Lluís: “El personatge d’Alexandre al <i>Tirant lo Blanc</i> ”	485
SÁNCHEZ SALOR, Eustaquio: “La fortuna del Arte de Gramática de Nebrija en Valencia (s. XVI-XVII)”	507
SANCHIS LLOPIS, Jordi: “Mundo clásico y lengua latina en los escritos pedagógicos de Martín Sarmiento”	521
SIRERA TURÓ, Josep Lluís: “Francisco Bahamonde y Sessé: teoría y práctica teatral en la Ilustración valenciana”	537
TEODORO PERIS, Josep Lluís: “Neologisme, nacionalisme. Tomàs Serrano i els americanismes en llatí”	553
Abstracts	565
Índex general	585

EL EPITAFIO LATINO DEDICADO AL CIRUJANO
BARTOLOMÉ HIDALGO DE AGÜERO
POR EL MÉDICO FRANCISCO JIMÉNEZ GUILLÉN:
EDICIÓN, TRADUCCIÓN Y COMENTARIO¹

Joaquín Pascual Barea
Universidad de Cádiz

Este epitafio latino figura en la primera edición del *Thesoro de la verdadera cirugía y vía particular contra la común compuesto por el doctor Bartolomé Hidalgo de Agüero Médico y Cirujano, con la qual se haze un perfecto Cirujano. Dirigido a la Ciudad de Sevilla*², en 1593, y que Francisco Jiménez Guillén se encargó de que fuera impreso con privilegio en Sevilla en casa de Francisco Pérez en 1604³. Es probable que hubiera una inscripción sepulcral en la lápida de la tumba de Hidalgo (h. 1530-1597), enterrado en Sevilla en la iglesia parroquial de San Juan de la Palma según el pintor Francisco Pacheco (1985: 153-155), quien no menciona ninguna inscripción, pero sí describe el libro, donde debió de leer el epitafio cuyo contenido glosa en parte. Este epitafio literario debió de ser compuesto por Guillén para el libro póstumo, pues no menciona la iglesia, ni el lugar de la sepultura, ni el sepulcro, túmulo, urna o monumento funerario que encerraba sus restos; ni refiere que estuviera inscrito en una piedra o mármol, ni presenta fórmula alguna de consagración o deposición, ni aparecen como dedicantes la mujer e hijos del difunto, sino solo su yerno y editor del libro:

¹ Este artículo se inserta en el proyecto de investigación de la DGICYT HUM2006-05381/FILO: “Felipe III y los humanistas. Fuentes literarias en latín para el estudio de su reinado”.

² En los títulos y citas de obras renacentistas añado o modernizo el uso de tildes, diéresis y signos de interrogación, regularizo el uso de u/v con valor vocálico y consonántico y la separación de palabras, y distingo con tilde la forma verbal de la preposición “a” o de la conjunción “e”.

³ El libro fue reeditado sin el epitafio en Barcelona en 1624 por Sebastián de Cormellas, y en Valencia en 1654 por Diego Macè. Las tres ediciones pueden consultarse en la Biblioteca Digital Dioscórides de la Universidad Complutense, aunque el ejemplar de 1604 carece de portada, que trae el ejemplar R/30766 de la Biblioteca Nacional.

BARTHOLOMAEO HIDALGO DE AGVERO HISPALENSI
 VIRO NOBILI AB AGVERORVM NOBILISSIMA FAMILIA ORIVNDO
 DOCTORI MEDICO PRAECIPVE CHIRVRGO
 OMNIVM FAMAE CELEBRITATE PRAESTANTISSIMO
 THESAVRI VERAЕ CHIRVGIAE INVENTORI
 VIAE PARTICVLARIS SIVE PRIMAE INTENTIONIS
 HAC NOSTRA AETATE INSTAVRATORI PRIMO
 NEC NON EIVSDEM ADVERSVS COMMVNEM SCRIPTORI.
 QVEM GENVS ILLVSTREM
 ARS PER VNIVERSVM TERRARVM ORBEM INSIGNEM
 PERSONAE AVTORITAS GRAVEM
 MENTIS INTEGRITAS SAEVERVM
 ANIMI MAGNITVDO ERGA OMNES LIBERALEM
 ACVTA INGENII ACIES DISERTVM
 ADMIRABILIS DICENDI LEPOS SERMONE FACETVM
 SINGVLARIS IN REBVS AGENDIS PRVDENTIA CAVTVM
 NIMIA IN QVOSCVMQVE EGENTES MISERICORDIA ELEMOSINAE AMATOREM
 DENIQVE IN CVRANDIS PAVPERIBVS AMOR ET CHARITAS EXIMIA
 DEO ET HOMINIBVS GRATVM REDDIDERVNT.
 FRANCISCVS XIMENIS GVILLEN ATEQVENSIS
 DOCTOR HISPALENSIS MEDICVS AC SVVS CHARISSIMVS GENER
 TANTO SOCERO SATIS MAIORA MERENTI
 HOC EPITAPHIVM AMORIS ET GRATITVDINIS ERGO
 DEDICAVIT.
 VIXIT ANNOS LXVI. OBIIT V IANVARII MDXCVII.

A BARTOLOMÉ HIDALGO DE AGÜERO DE SEVILLA
VARÓN NOBLE DESCENDIENTE DE LA MUY NOBLE FAMILIA DE LOS AGÜEROS
DOCTOR EN MEDICINA PRINCIPALMENTE CIRUJANO
EL MÁS EXCELENTE DE TODOS POR SU CÉLEBRE FAMA
DESCUBRIDOR DEL TESORO DE LA VERDADERA CIRUGÍA
PRIMER INSTAURADOR EN NUESTRA ÉPOCA
DE LA VÍA PARTICULAR O DE PRIMERA INTENCIÓN
ASÍ COMO QUIEN LA HA DESCRITO CONTRA LA COMÚN.

A QUIEN SU LINAJE HIZO ILUSTRE
SU ARTE, SEÑALADO POR TODO EL GLOBO TERRESTRE
LA AUTORIDAD DE SU PERSONA, GRAVE
LA INTEGRIDAD DE SU MENTE, SEVERO
SU GRANDEZA DE ÁNIMO, LIBERAL HACIA TODOS
LA AGUDA VIVEZA DE SU INGENIO, ELOCUENTE
SU MARAVILLOSO DONAIRE EN EL HABLAR, GRACIOSO EN EL DISCURSO
SU SINGULAR PRUDENCIA EN LAS OBRAS QUE HIZO, CAUTO
SU INMENSA MISERICORDIA CON TODOS LOS NECESITADOS, PROPENSO A LA LIMOSNA
Y EN FIN SU SINGULAR AMOR Y CARIDAD CURANDO A LOS POBRES
AGRADABLE A DIOS Y A LOS HOMBRES.

FRANCISCO JIMÉNEZ GUILLÉN DE MARCHENA
DOCTOR DE MEDICINA EN SEVILLA Y YERNO SUYO QUERIDÍSIMO
A TAN GRAN SUEGRO QUE MERECE COSAS MUCHO MÁS GRANDES
ESTE EPITAFIO CON AMOR Y GRATITUD
HA DEDICADO.

VIVIÓ 66 AÑOS. MURIÓ A 5 DE ENERO DE 1597.

He empleado distintos tamaños de letra y espaciados entre palabras para ajustar las líneas a ambos márgenes, salvo la penúltima que comprende la fórmula de consagración. También he procurado incluir cada sintagma o elemento en una misma línea, a excepción de los más extensos que ocupan las líneas 3-4, 6-7 y 18-19. En el original estos elementos suelen estar delimitados por el signo diacrítico de los dos puntos (:), pero con un solo punto (.) detrás de *scriptori*, de *reddiderunt* y de *DD*; con una coma (,) detrás de *Atequensis*, y sin puntuación alguna detrás de *eximia*, *gener* y *merenti*. Además aparece coma delante de la conjunción *ac*, y punto tras los números LXVI, V, M, D y XCVII de la última línea. Gracias a la disposición de los términos he podido omitir todos estos signos diacríticos, a excepción de los puntos que indican los cuatro periodos de que consta el epitafio, y en la última línea tras el número LXVI que concluye oración y va seguido de mayúscula inicial, y tras el año al final. Solo la edad y fecha de la muerte de la última línea no estaba escrita íntegramente con letras mayúsculas, lo que he regularizado, y siguiendo la grafía de *ingenii* en el original, escribo II en lugar de ij en *Obij* y *Ianuarij*. Sí he mantenido la grafía renacentista *saeverum*, con diptongo indicando la cantidad larga de la vocal, en lugar de la forma clásica *severum*. He resuelto la abreviatura Q; a final de las palabras *quoscumque* y *denique*; y desarrollo DD. como *Dedicavit*, si bien cabrían otras interpretaciones, como *Dedit* mejor que las formas compuestas *Dedit Dicavit*, *Dedit Dedicavit* y *Dono Dedit*, o en presente *Dat Dicat* y *Dat Dedicat*.

Las líneas de la traducción corresponden a las latinas, si bien he invertido el orden de las líneas 6 y 7 entre sí. He primado la literalidad y comprensión por un lector actual frente a otros criterios como el empleo de los términos propios de la época, o una sintaxis más natural en castellano pero alejada del original. Con todo, en el elogio de las líneas centrales he optado por introducir el adjetivo posesivo “su” en lugar de un artículo determinado, añadiendo coma entre cada uno de los sujetos y predicados para evitar ambigüedad, y traduciendo en singular la forma plural del verbo *reddiderunt* por haberla trasladado al comienzo del elogio.

He traducido *Atequensis* como “de Marchena”, donde realmente nació Francisco Jiménez Guillén (Rodríguez Marín, 1905: 27; Ollero, 1993: 413), aunque Hernández Morejón y otros autores lo hagan erróneamente natural de Sevilla. Jiménez, quien hace constar además su profesión y parentesco con el difunto, también emplea este gentilicio en una obra propia sobre las sangrías y sobre dos pasajes de Galeno⁴; se basó para ello en una lectura errónea en lugar

⁴ *Apologia circa opportuna tempora ad euacuandum per sanguinis missionem in morbis praesertim febrilibus, illam exostulantibus, iuxta Hippocratis & Galeni placita. Vbi etiam duo loca apud*

de *Ateguensis*, y en la localización transmitida por Lucio Marineo Sículo de “Ategua, que llaman agora Marchena” (Marineo, 1533: IX), falsa pero comprensible si consideramos que Marchena es hoy la única estación ferroviaria entre las de Osuna y Arahal, y que *Ategua* era mencionada por Estrabón (3,2,2) junto a *Urso* (Osuna), y por Plinio (*nat.* 1,137,17; 3,10) junto a *Arialdunum*, topónimo de la Bética identificado erróneamente con Arahal por el parecido fonético. Sin embargo, la antigua *Ategua* ya había sido correctamente ubicada por Ambrosio de Morales (1575: 108) entre Córdoba y Castro del Río en Teba la Vieja, gracias al resultado Teba de *Ategua* y a las noticias sobre su situación que ofrece el *Bellum Hispaniense* (6,8,22). Por otra parte, no hubo ninguna ciudad romana en Marchena, que es el resultado fonético esperado de *Marciana* a través de la palatalización de la gutural hacia el siglo V d.C. y el cierre de la vocal tónica en el habla árabe andalusí, referido a una *villa* rústica en una finca particular, según una formación característica a partir del nombre del propietario (*Marcius* o *Marcia*) con el sufijo latino *-ianus -a -um*.

A pesar de su considerable extensión, el epitafio presenta una estructura clásica que incluye el nombre y títulos del fallecido, su elogio, la dedicatoria, la edad al morir, así como la fecha de la muerte más propia de los epitafios cristianos. Los contenidos son los propios de este género literario, distribuidos en esta edición en las líneas que indico entre paréntesis: nombre, patria (1), linaje (2), oficio (3-4) y obra del difunto (5-8); diez calificativos que merece por sus méritos (9-19); autor (20-21), objeto, motivo y fórmula de la dedicatoria (22-24); edad del difunto y fecha de su muerte (25), todo ello conforme a las normas y expresiones propias del epitafio antiguo (Pascual, 1993: 730-733).

La lengua es correcta, y solo resulta confusa la disposición del sintagma *erga omnes* (‘hacia todos’), que de acuerdo con la sintaxis latina debe determinar a *liberalis* (‘liberal’), pero que por el sentido más bien parece un complemento de *animi magnitudo* (‘grandeza de ánimo’). Prueban el uso de un lenguaje grave y adecuado al género las numerosas fórmulas y expresiones presentes en los epitafios de la Antigüedad, aunque en realidad proceden de la imitación de otros de su época. Así, solo del epitafio del fastuoso y emblemático mausoleo de mármol de estilo renacentista erigido en 1510 en la catedral de Sevilla al cardenal Mendoza, fallecido el 12 de septiembre de 1502 (Ortiz de Zúñiga, 1796: 189; Hernández Díaz, 1984: 256-259), Jiménez ha tomado directamente la construcción sintáctica *quem genus... reddiderunt* y otras palabras (*insignis, animi magnitudo*) referidas en el elogio del difunto (líneas 9-19), así como la expresión *satis maiora merenti* de la dedicatoria (línea 22), y los

términos que introducen la edad y fecha de la muerte en la última línea (*Vixit annos... Obiit*). Es algo más breve el epitafio del cardenal, a quien una serie de cualidades lo hacen sencillamente muy famoso (*celeberrimum*), mientras que Agüero lo sobrepaja al reunir más cualidades y merecer un epíteto distinto por cada una de ellas. La mayor extensión de este epitafio estuvo favorecida por su carácter literario en vez de sepulcral y por la estética manierista de su siglo frente al Renacimiento clásico, llegando a resultar algo prolijo, repetitivo e incluso farragoso en la expresión del elogio (Pascual, 1993: 728-729 y 746).

Además de este epitafio y de dos sonetos castellanos, Jiménez incluyó un epigrama latino en el libro de su suegro, y también hace gala de un latín elegante en los prefacios y en determinados pasajes menos técnicos de sus escritos médicos. Esta afición y facilidad como escritor latino se explica por su doble formación humanística y médica. Pues fue bachiller en Artes en 1582 por la Universidad de Osuna antes de serlo en Medicina en 1587 por la de Sevilla, donde alcanzó el título de licenciado en Artes en 1589, y más tarde los de licenciado y doctor en Medicina en 1592 (Ollero, 1993: 413). Aparte de ejercer como médico del hospital del Espíritu Santo en Sevilla (Hernández Morejón, 1846: V, 88-89), especializado frente a otros centros en la curación de bubas, llagas y males contagiosos (Collantes de Terán, 1884: 71, 96 y 102), Jiménez publicó desde finales del Quinientos varias obras en castellano, y otras en la primera década del siglo XVII en un latín erudito con abundantes citas clásicas, como esta sobre algunos alimentos y la conveniencia de tomarlos de forma pausada: *Quod mora in prima mensa sit assumenda, et quod Horatius secundae recte apposuerit, ubi etiam de ovis quaedam scitu digna annotantur* (Antonio, 1783: I, 499-500). Entre otras cuestiones académicas, polemizó sobre un célebre pasaje oscuro de Plinio (*nat.* 7,50,169) con el doctor Juan de Luna Vega (Hernández Morejón, 1846: IV, 258-263; Ollero, 1993: 374), y con ambos el jesuita Juan de Pineda. El comienzo del prólogo al libro de Hidalgo, que incluye una cita de Horacio (*epist.* 1,2,69), también muestra la formación humanista de Jiménez, a la vez que explica e ilustra el contenido del epitafio y del libro de su suegro, no menos conocedor de los clásicos:

El Dotor Francisco Ximénez Guillén, Médico, yerno del Autor a los Lectores. Quien huviere aprendido la antigua dotrina y vía común de Cirugía, que tantos y tan graves Autores Griegos, Árabes y Latinos por tiempo de dos mil años hasta aora han enseñado y escrito, no ay duda sino que dificultosamente recibirá esta nueva y particular, que enseña y escribe contra la común el insigne Dotor Bartolomé Hidalgo de Agüero. Pues como dixo bien el Poeta Lyríco: *Quo semel est imbuta recens*, etc. Y también porque qualquiera nueva dotrina, mayormente contra la común, con la dificultad que se introduze, con la misma

se recibe y admite. Pero por otra parte, por ser tan conocido de todos el Autor, su nombre y fama, sus famosas y grandes curas tan notorias y recibidas, no solo en esta nuestra Europa, sino en otras muchas partes del mundo, por los muchos discípulos que en diversos lugares y tierras públicamente ejercen y usan su práctica y modo curativo, confío que leydo este libro, conocida su grande utilidad, y vista la facilidad con que enseña a curar (que es tanta, que cada qual en su casa con el libro en las manos puede ser Cirujano) no avrá quien no dexa la antigua e incierta Cirugía, y abraçe esta moderna y verdadera; pues el mismo Autor lo hizo assí: que aviendo primero peregrinado muchas y varias tierras, leydo con mucha atención lo que los Autores assí antiguos como modernos dexaron escrito acerca de la Cirugía, y aviendo curado en espacio de más de veynte años por la común método y práctica, que aprendió de sus Maestros; y visto tantos y tan malos sucessos, que por seguir los Autores della, y exercitar aquel modo de curar, a sus maestros y a él les sucedían haziendo la riça que ellos, condenando con Homero lo que supieron los que escrivieron antes d'él, y agradeciéndoles lo que dessearon saber, començó a inquirir e inventar con su industria y mucho trabajo nuevo modo curativo, que sin duda hizo inspirado por la divina Providencia, movido con santo zelo del bien público y común, y por ventura aconsejado de Cornelio Celso, no menos docto Cirujano que Médico, donde dize: Quando el sucesso no corresponde, no se estime tanto el Autor como el enfermo, por cuya salud no ha de quedar cosa por intentar. Y aunque Galeno tuvo intención de emprender y experimentar este modo de curar, por ver que se libravan más los que se curavan por esta vía que por la común de Hypócrates que aprendió y escribió, con todo no se atrevió estando en Roma a ponerlo en execución. Mas al fin nuestro Autor como hidalgo mostró más valor, más ánimo, más osadía: pues no perdonando trabajos ni estudios, ni temiendo la contradición de sus enemigos y adversarios, que fueron muchos y todos hombres doctos, teniendo solo respeto al bien público y común, rompió por medio todas las dificultades, poniendo en nuestros tiempos en execución lo que Galeno tuvo en la intención.

La nobleza del linaje de Hidalgo de Agüero que refiere el epitafio, o al menos la posibilidad de demostrar la limpieza de su sangre, era de hecho requisito imprescindible para ingresar en una universidad española de la época. El mismo se tiene en su obra por "bien nacido" (1604: 174) en su respuesta a Juan Frago, quien había tratado de impugnar las nuevas técnicas defendidas por Agüero en unos *Avisos* impresos en Sevilla en 1584, empecinándose en que las heridas contusas tenían que supurar para cicatrizar completamente (Guerra, 1989: 294-296; Martín Ferreira, 1995: 71-73). Otros indicios de esa limpieza de sangre acreditada, frente al origen converso de la generalidad de los cirujanos en el siglo XVI, son el título de comendador del hábito de San Jorge que le atribuye Pacheco (1985: 1553), y el escudo de armas de sus apellidos que

acompaña su retrato en la edición póstuma de su obra, con la leyenda “Hidalgo si no se provara villano”⁵. Este retrato va enmarcado por dos dísticos con abundantes resonancias literarias, probablemente compuestos por Jiménez Guillén, que edito y traduzco:

Invida mors quanquam dedit insanabile vulnus
 Huic, qui tot sanos reddidit arte sua,
 Haec tamen autoris prohibent monumenta perire
 Hidalgi extincti nomen et effigiem.

Aunque la muerte enemiga dio una herida insanable
 A este, que a tantos ha sanado con su arte,
 Estos *Avisos* del autor no dejan que se olvide
 Del difunto Hidalgo el nombre y la efigie.



Retrato de Bartolomé Hidalgo de Agüero impreso en 1604

⁵ El retrato de Pacheco sigue el mismo modelo del impreso, pero de acuerdo con los criterios artísticos de su colección, omite el escudo con el lema, los dos dísticos y otros detalles, y añade en la parte superior una cita del libro de Sabiduría (38,7): *Curans mitigavit dolorem* ('Curando alivió el dolor').



Retrato realizado por el pintor Francisco Pacheco a partir del impreso

Por la condición de sevillano de Hidalgo de Agüero, se admite que estudió y alcanzó el grado de doctor en Medicina en el Colegio de Maese Rodrigo y Universidad Hispalense, donde habría tenido por maestros a Juan de Cuevas y Alfonso de la Cuadra (Pacheco, 1985: 1553; Hernández Morejón, 1843: III, 321; Chinchilla, 1845: 28-29; Castaño, 1959: 260; Hermosilla 1997: 159). Pero según los testimonios de su discípulo Pedro López de León en su obra médica impresa en 1628 (Hernández Morejón, 1846: V, 123-124), y las siguientes palabras del propio Hidalgo (1604: 191), Cuevas y Cuadra⁶ solo fueron sus maestros en la práctica quirúrgica en el hospital de San Hermenegildo, a los cuales superó con una nueva técnica más eficaz:

Y assí el médico letrado no á de poner culpa al temperamento, sino a las medicinas, y estas usava el famoso Quadra y el Dotor Cuevas, que fueron con-temperáneos [*sic*]. Y aunque fueron letrados, y muy exercitados, y tuvieron

⁶ Cuevas también pudo haber sido Diego de Cuevas o más bien Martín López de la Cueva, padre del poeta Juan de la Cueva y mentor de Hidalgo de Agüero en 1571, y el nombre de Cuadra tal vez fuera Cristóbal (Rodríguez Marín 1905: 121; Ollero 1993: 414).

mucha policia y liberalidad, siempre les vi que se les morian la mayor parte de los heridos que curavan, y dezian que las heridas de cabeça eran Cruz para los Cirujanos, y fue por usar de malas medicinas y vía común y húmida. Y en su tiempo dexé la vía común por ver tantas muertes, y usé de la vía particular y de sus medicinas, y ellos se quedavan espantados y admirados de los prósperos sucessos que por esta vía me acaecian, y con todo esso se quedaron en la común, y dezian: “La vía que conozco, y en ella me è exercitado, tengo de guardar”. Y assí mi advertencia y lugar contienen toda verdad, y son de mucha utilidad y provecho, por enseñar la verdad comprovada con la docta experiencia, la qual no haze nada sino adecuada a razón.

Mucho menos probable resulta que Hidalgo hubiera enseñado en la Universidad de Sevilla, como también se ha escrito (Hernández Morejón, 1843: III, 322), aunque sí tuvo “mucho estudio y concurso de estudiantes” (1604: 32), pues impartió cada día una formación práctica a “un gran número de estudiantes médicos que se hallan a verme curar en el Hospital del Cardenal en Sevilla” (1604: 155). En 1572-1574 asistió a sus prácticas Francisco de Cetina, natural de Alcalá de Henares graduado en Sevilla en 1572, y en 1589 Ambrosio del Mármol, natural de Lucena, que se había graduado ese mismo año (Ollero, 1993: 414). También escribe Hidalgo que, “porque se aclarasse esta doctrina tan confusa, puse esta proposición en un lugar público donde concurren muchos estudiantes médicos, para que se arguyesse” (1604: 171). Pero aparte de este lugar público frecuentado por estudiantes de Medicina, fue sobre todo en ese hospital fundado por el arzobispo de Sevilla y luego cardenal Juan de Cervantes hacia 1455, donde puso en práctica y donde enseñó su método particular en el tratamiento quirúrgico de las heridas a sus discípulos (Ollero, 1993: 413-314). Estos, gracias a la fama y prestigio adquiridos con su probada eficacia, lo difundieron allá donde ejercieron, como en Lima y Cartagena de Indias, y lo mantuvieron durante décadas en el hospital sevillano (Pacheco, 1985: 153-154; Hermosilla, 1997: 163), desaparecido como tal en 1837 y derribado en 1950.

Administrador de este hospital de San Hermenegildo, también llamado del Cardenal o de los Heridos, era desde 1583 el licenciado Francisco Pacheco, tío del pintor homónimo y autor de tres himnos latinos a ese santo entre otros muchos poemas (Pozuelo, 2004: LV-LXIII). De Pacheco era íntimo amigo Benito Arias Montano, quien en 1574 se había ocupado de editar en Amberes el tratado de Cirugía en latín de su paisano Francisco de Arce, quien intentaba evitar que sus obras quirúrgicas pudieran ser leídas por los cirujanos sin conocimiento del latín ni instrucción académica; Hidalgo sigue por contra la práctica más habitual de publicarla en castellano para que todos pudieran conocer y aplicar

su método. Arceo, nacido hacia 1493, pertenece a una generación anterior a Hidalgo, pero ambos son médicos con formación universitaria dedicados sobre todo a la práctica quirúrgica, en la que introducen métodos innovadores, y que a través de la experiencia propia llegan a superar la doctrina de los autores clásicos, cuyas obras conocen directamente y les sirven de inspiración (Fresquet, 2002: 252-253 y 258). Coinciden además en sus consejos de unir pronto algunas heridas y las aberturas de la cavidad torácica (Castiglione, 1941: 482), de no amputar órganos mientras no fuera imprescindible, y de atender a las curas posteriores a la operación. Hidalgo describe el bálsamo de Arceo y cita su tratado de Cirugía en el “Antidotario” (1604: 113-115), por lo que tuvo conocimiento de las curaciones de heridos que había realizado en la región de Llerena, villa próxima a Sevilla y sujeta entonces a su jurisdicción civil (Pascual, 2000: 365). Como Arceo, Hidalgo incluye además en su libro otros opúsculos, algunos ya publicados anteriormente (Álvarez Sierra, 1961: 286), sobre las sangrías, anatomía, apóstemas, úlceras, fracturas, dislocaciones, la peste y algunas enfermedades infecciosas como el tifus y la sífilis, y sobre otros asuntos médicos; estos tratados no son comparables a sus escritos quirúrgicos, y ocasionalmente mantiene en ellos doctrinas erróneas ya superadas por otros autores, aunque contienen algunas aportaciones sobre ginecología, andrología, odontología, oftalmología, etc.

Según el epitafio, Hidalgo era muy amigo de dar limosna, aunque no fuera esta la causa principal de que solo tuviera una casa, algunas propiedades y un poco de dinero que legar a su mujer, a sus cuatro hijos menores y a la mayor casada con Jiménez, cuando testó en Sevilla el 12 de septiembre de 1592. Un año después tuvo que solicitar al Cabildo de la ciudad, a la que servía desde hacía treinta años como médico y cirujano, que hiciera imprimir su *Thesoro de verdadera Cirugía* “para que en ningún tiempo pueda volver a las tinieblas en que la ignorancia de la cirugía bieja tenía a esta ciudad”; por boca del veinticuatro Diego Núñez Pérez –sobrino y brazo derecho de Montano (Gil, 1998: 132-136)–, este aceptó el 5 de noviembre de 1593 que “salga Sevilla a todos los gastos del libro que le ofrece”, que obtuvo licencia real de impresión en Toledo el 13 de julio de 1596 (Rodríguez Marín, 1905: 30-31; 1923: 495-498); la Censura fue firmada por el anciano Dionisio Daza Chacón, médico y cirujano de Felipe II, quien unos meses antes de morir escribe que el

libro es muy doto y de mucho trabajo, y assí me parece se le dé licencia para imprimirle, por la gran utilidad y provecho que se seguirá a la República con su mucha erudición y experiencia. La qual tiene aprovada de doze Médicos y Cirujanos, los más dotos que residen en la dicha Ciudad, a la qual experiencia

se ha de atender más que a los dichos de los Antiguos. Y así le doy esta firmada de mi nombre. Dada en Madrid, en 25 de Março de 1596.

El libro estaba escrito en 1593, y aprobada su impresión en 1596 meses antes de morir Agüero, por lo que ha de corresponder a otro año anterior la noticia del final del “Antidotario” (1604: 142) de cómo había curado “al Duque de Arcos, Marqués de Zahara el año pasado de mil y quinientos y noventa y siete, que fue mordido en la mano derecha de un perro rabioso por el mes de Diziembre, y sanó con próspero aplauso de todos los que lo vieron y supieron”.

A partir del estudio de los principales autores médicos desde la Antigüedad, y de su propia experiencia quirúrgica en Sevilla desde 1563, Hidalgo instauró una nueva forma de curar heridas que, tanto a través de sus intervenciones públicas, como de su libro, contribuyó al progreso y prestigio social de una práctica que tradicionalmente había estado en manos de barberos sin formación ni titulación oficial. Hacia 1583 ya había demostrado que su método particular era mucho más eficaz que el común comparando estadísticas clínicas de la actividad quirúrgica de sus antecesores y la propia (1604: 32; López Piñero, 1983: 457). Los testimonios tanto de Hidalgo y de sus discípulos y seguidores como de sus varios detractores confirman la novedad de este método, del que fue el principal defensor e inventor en Época Moderna. Sin embargo, él no reivindica la originalidad absoluta de un procedimiento ya mencionado por Hipócrates y por Celso, sino el atrevimiento de llevarlo a la práctica a partir de un comentario de Galeno, quien lo consideraba como el más adecuado aunque no se hubiera atrevido a emplearlo por no ser el que conocían los romanos de su tiempo (1604: 1; Chinchilla, 1845: 31).

Fragoso le espeta que en la curación de las heridas penetrantes de pecho, el profesor salmantino Andrés Alcázar sostenía que las heridas debían cerrarse por primera intención, aunque solo si no había “mucho dolor, ni mucho corrimiento y fluxo de sangre, ni inflamación, ni alteración del ayre, ni contusión, ni perdimiento de carne, ni detenimiento de alguna humedad viscosa en la concavidad del pecho”, pero que él seguía “la opinión de Ambrosio Pareo, que la herida penetrante del pecho no se á de cerrar luego al principio, sino dexarla abierta dos o tres días”, y solo entonces cerrarla “si el enfermo no sintiere dolor o peso hazia el diaphragma, y respirare libremente”. Hidalgo fue mucho más allá al propugnar que, “evacuando la sangre extravenada y sacando la que á cayó”, la herida ya podía cerrarse (1604: 163-164). Y no sólo basándose en la experiencia como el cirujano francés que no supo latín; leyendo a los autores antiguos como auténtico médico humanista, halló además un texto de Galeno sobre los mejores resultados de la práctica quirúrgica de los cirujanos del oriente del Imperio, que justificaba su innovación. Por ello presume de haber

descubierto y defendido en solitario la vía particular desecante, que considera la séptima secta o etapa en la historia de la Cirugía, y que califica de “empírica, racional y metódica” (1604: 67):

Esta es la vía que llamamos particular desecante, opuesta a la común humectante. La qual particular fue hallada por nosotros no sin grande trabajo y largo exercicio por muchos años en el hospital del Cardenal de Sevilla, aviendo professado primero la común por espacio de más de veynte años, y no con poca curiosidad. Esta vía la tocó Hypócrates, *libro de Ulceribus (lib. 8, cap. 4)*, y Cornelio en la cura de heridas de cabeça (*lib. 6*), y Galeno en el sexto del método (*cap. ult.*), donde pone la una y la otra vía, y alaba la particular por ser desecante, más que a la común por ser humectante (*tantum tamen –inquit Gal.– testificari Eudemo possum magis fuisse servatos qui ab illo curabantur quam qui ab iis qui blandis utebantur*), y que vio que más se libravan por la particular que no por la común, y por ser solo no la usó en Roma. Yo solo la é usado y enseñado, y defendido contra el resto todo de los autores y factores que nos an querido impugnar y contrariar con razones frívolas de poco momento, a las quales avemos respondido no sólo con razones y autoridades, mas con la obra en las manos, haziendo en público casos Heroicos y admirables sin uso de instrumentos con solas nuestras medicinas enemas, cephálicas, desecantes y con nuestro digestivo conservativo quando y donde es menester, si no se aglutinan las heridas.

El recurrir al testimonio de Galeno (*de methodo medendi*, lib. VI) frente a la práctica tradicional responde al espíritu del Renacimiento de volver a los textos de la Antigüedad para recuperar cuanto había degenerado desde entonces, lo que en ocasiones llevaba a médicos, científicos, geógrafos, músicos, escritores y otros innovadores a tratar de prestigiar sus descubrimientos con la autoridad de los clásicos incluso cuando se trataba de una técnica original (Pascual, 2000: 368). Aunque Hidalgo conoce y cita el texto en una traducción al latín, esta era fiel al original griego, que transcribo (ed. Kühn, vol. X, pp. 454-455) y traduzco:

Καὶ σχεδὸν ἔτι τοῦθ' ἡμῖν ὑπολείπεται διασκέψασθαι, τίς ἢ τῶν φαρμάκων τε καὶ ὅλης τῆς μετὰ τὴν ἀνάτρησιν ἐπιμελείας ἀγωγῆ βελτίστη πασῶν ἐστίν· ἀρά γε ἡ πραοτάτη καὶ παρηγορικωτάτη, καθάπερ νῦν ὑπὸ τῶν πλείστων γίνεται, ἢ ἡ ταύτης ἐναντιωτάτη, διὰ τῶν ἰσχυρότατα ξηραίνοντων φαρμάκων, οἷον καὶ Μέγης ὁ Σιδώνιος ἐπαινεῖ. καὶ τις ἡμέτερος πολίτης ἐχρήτο διὰ παντὸς, ὡς καὶ τὴν Ἰσιν ἐπινομαζομένην εὐθέως ἐπιθεῖναι γυμνωθείσῃ τῇ μήνι γγί ἔμπλαστρον καὶ κατὰ ταύτης ἔξωθεν ὀξύμελι. πρεσβύτης δὲ ἦν οὗτος ἰκανῶς τρίβων

τὰ τοιαῦτα τῆς τέχνης· οὐ μὴν οὔτε ἄλλον τινὰ χρώμενον εἶδον, οὔτε αὐτὸς ἐτόλμησα χρῆσασθαι. τοσοῦτο μόνον ἔχω μαρτυρεῖν τῷ Εὐδήμῳ, τοῦτο γὰρ ὁ πρεσβύτης ἐκαλείτο, ὡς ἐσώζοντο μᾶλλον οἱ ὑπ' ἐκείνου θεραπευόμενοι τῶν παρηγορικῶς ἀγομένων. ἐπεχείρησα δ' ἂν ποτε καὶ αὐτὸς δι' ἔμαυτοῦ πειραθῆναι τῆς τοιαύτης ἀγωγῆς, εἰ διὰ παντὸς ἐν Ἀσίᾳ κατέμεινα· διατρίψας δ' ἐν Ῥώμῃ τὰ πλείστα τῷ τῆς πόλεως ἔθει συνηκολούθησα, παραχωρήσας τοῖς χειρουργοῖς καλουμένοις τὰ πλείστα τῶν τοιούτων ἔργων.

Y quizás todavía nos queda esto por examinar, cuál es el mejor método de todos tanto de los medicamentos como de toda nuestra diligencia después de la trepanación, el más lenitivo y mitigatorio, como hace ahora la mayoría, o bien el más opuesto a este, a través de medicamentos que sequen con la mayor fuerza, como Meges Sidonio alaba y un compatriota nuestro usaba todo el tiempo, de forma que aplicaba enseguida el emplastro llamado Isis a la meninge descubierta, y sobre esta por fuera el ojimiel. Y este anciano era bien experimentado en esta parte del arte; sin embargo, ni vi a algún otro que usara estas cosas, ni yo mismo me atreví a usarlas. Esto solo puedo testificar a favor de Eudemo, pues este era el nombre del anciano, que los que eran curados por él se salvaban más que los tratados con mitigatorios. Y yo habría intentado por mí mismo experimentar alguna vez este método, si hubiera permanecido todo el tiempo en Asia; pero como estuve normalmente en Roma, seguí la costumbre de la ciudad, dejando casi siempre tales operaciones a los llamados cirujanos.

La noticia de Galeno no resta mérito a la labor del cirujano hispalense, quien con su larga experiencia de prácticas hospitalarias desarrolló un nuevo método de curar las heridas que enseñó y defendió públicamente en el hospital y en su libro. Además de Pedro de León y de otros médicos que siguieron la vía particular inventada por Hidalgo, la elogiaron Enrique Vaca de Alfaro en su *Proposición quirúrgica i censura iudiciosa entre las dos vías curativas de heridas de cabeça, común i particular, i elección desta...* (Sevilla: Gabriel Ramos Vejarano, 1618) y en un poema (Pacheco 1985: 155); Juan de Sosa Sotomayor en un *Tractatus de cujusdam novi vulneris curatione...* (Sevilla, 1606), y Pedro Gago Vadillo en el libro *Luz de la verdadera cirugía y discursos de censura de ambas vías y elección de la primera intención curativa y unión de las heridas* (Hernández Morejón, 1846: IV, 228-231; IV, 234-235 y V, 141-150; Granjel, 1978: 188; Guerra, 1989: 381).

Los prólogos de las reediciones del *Thesoro* de Hidalgo en Barcelona en 1624 y en Valencia en 1654 hablan a las claras de la vigencia y novedad de las técnicas quirúrgicas que había propugnado sesenta años antes en Sevilla. Y los estudiosos de la Historia de la Medicina han reconocido el carácter avanzado de su método y técnicas, basadas en la razón, la experiencia y la erudición,

al propugnar la cicatrización inmediata de las heridas, y oponerse no sólo a las curas húmedas repetidas y a estimular la producción de pus en los tejidos contusos, sino también a las contra-aberturas, a legar las heridas de cráneo, a manipular las heridas con instrumentos, a poner sedales, a usar digestivos en las heridas, entre otras recomendaciones oportunas que permitieron renovar la Cirugía (Hernández Morejón, 1843: III, 323; Castaño, 1959: 260-261; Guerra, 1989: 296).

BIBLIOGRAFÍA

- Álvarez Sierra, J. (1961). *Historia de la Cirugía Española*. Madrid: Diana.
- Antonio, N. (1783). *Bibliotheca Hispana Nova: sive, Hispanorum scriptorum qui ab anno MD. ad MDCLXXXIV. floruerunt notitia*. Madrid: Joaquín de Ibarra (reprod. facs. Madrid: Visor, 1996).
- Castaño Almendral, A. A. (1959). “La obra quirúrgica de Bartolomé Hidalgo de Agüero”, *Publicaciones del Seminario de Historia de la Medicina*. Serie A, Estudios II.6. Salamanca: Universidad, pp. 249-307.
- Castiglioni, A. (1941). *Historia de la medicina*. Barcelona: Salvat.
- Chinchilla y Puig, A. (1845). *Anales históricos de la medicina en general y biográficos de la española en particular II*. Valencia: Ventura Lluch, 1841-1846 (=New York / London: Johnson Reprint, 1967).
- Collantes de Terán, F. (1884). *Memorias históricas de los establecimientos de caridad de Sevilla y descripción artística de los mismos*. Sevilla: José M^a Ariza.
- Fresquet Febrer, J. L. (2002). “La práctica médica en los textos quirúrgicos españoles en el siglo XVI”, *Dynamis* 22: 251-277.
- Granjel, L. S. (1978). *La medicina española del siglo XVII*. Salamanca: Universidad.
- Guerra, F. (1989). *Historia de la medicina*. Madrid: Norma.
- Hernández Díaz, J. (1984). “Retablos y esculturas de la catedral de Sevilla”. En: *La Catedral de Sevilla*. Sevilla: Guadalquivir: 221-320.
- Hernández (Fernández) Morejón, A. (1843-1847). *Historia bibliográfica de la medicina español*. Madrid: Viuda de Jordán e Hijos (New York / London: Johnson reprint, 1967).
- Hermosilla Molina, A. (1997). “Bartolomé Hidalgo de Agüero (1597-1997)”. En: *Centenarios académicos: “Veneranda tertulia hispalense” (tricentenario)*. Sevilla: Real Academia de Medicina de Sevilla / Focus: 149-169.
- López Piñero, J. M. (1983). “Hidalgo de Agüero, Bartolomé”. En: *Diccionario histórico de la ciencia moderna en España I*. Barcelona: Península: 456-458.

- Marineo Sículo, L. (1533). *De las cosas memorables de España*. Alcalá de Henares: Miguel de Eguía (repr. facs. A Coruña: Orbigo, 2005)
- Martín Ferreira, A. I. (1995). *El humanismo médico en la Universidad de Alcalá (siglo XVI)*. Alcalá de Henares: Universidad.
- Morales, A. de (1575). *Las antigüedades de las ciudades de España, que van nombradas en la Corónica, con la averiguación de sus sitios, y nombres antiguos*. Alcalá de Henares: Juan Íñiguez de Lequerica.
- Ollero Pina, J.A. (1993). *La Universidad de Sevilla en los siglos XVI y XVII*. Sevilla: Universidad / FOCUS.
- Ortiz de Zúñiga, D. (1796). *Anales eclesiásticos y seculares de la muy noble y muy leal ciudad de Sevilla III*. Madrid: Imprenta Real, 5 vol. (reprod. facs. Sevilla: Guadalquivir, 1988).
- Pacheco, F. (1985). *Libro de descripción de verdaderos retratos de ilustres y memorables varones*. Ed. P.M. Piñero Ramírez y R. Reyes Cano; Sevilla: Diputación Provincial.
- Pascual Barea, J. (1993). “El epitafio latino renacentista en España”. En: J. Ma^a Maestre Maestre / J. Pascual Barea (ed.). *Humanismo y Pervivencia del Mundo Clásico I.2.*; Cádiz: Universidad / Instituto de Estudios Turolenses, 2 vols.: 727-747.
- Pascual Barea, J. (2000-2002). “El epitafio latino inédito de Arias Montano a un joven médico y astrólogo y el tratado de cirugía de Francisco Arceo”, *Excerpta Philologica* 10-12: 357-372.
- Pozuelo Calero, B. (2004). *El licenciado Francisco Pacheco: El túmulo de la reina doña Ana de Austria; introducción, edición crítica, traducción anotada e índices*. Alcañiz / Madrid: I.E.H. / Laberinto / C.S.I.C.
- Rodríguez Marín, F. (ed.) (1905). *Miguel de Cervantes Saavedra. Rinconete y Cortadillo: novela; edición crítica*. Sevilla.
- Rodríguez Marín, F. (1923). *Nuevos datos para las biografías de cien escritores de los siglos XVI y XVII*. Madrid: Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos.